La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 27 de abril de 1908 — Núm. 1.374

VENDEDORA DE FRUTA, acuarela de Gabriel Puig Roda. (Salón Miralles.)

Forma parte este pintor del grupo de artistas valencianos que de modo admirable dan á conocer los tipos y cuadros de costumbres de aquella región. A esta clase de producciones corresponde el presente cuadro, en el cual Puig Roda hace gala de sus condiciones de excelente colorista

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. – *Cómo se debe amar*, por Nogueras Oller. – *Enrique Romero de Torres*, por Manuel Carretero. – *Mónaco. Proeza de un automovilista. – El príncipe de Bulow en Roma. – Melilla. Embarque de la mehalla jerifiana para Rabat. – Barcelona. La banda «L'Elite» de Ginebra. – Mónaco. Meéting de canoas automóviles. – Monumento á R. Bennigsen en Hannóver. – De Marruecos. – Miscelánea.* — *El heredero*, novela de Sydney C. Grier, con ilustraciones de G. P. Jacomb-Hood. – *Hierros artísticos españoles de la Edad Media y del Renacimiento*, por Aymer Vallauce.

Grabados.— *Vendedora de fruta*, acuarela de Gabriel Puig Roda. – Dibujo de Calderé que ilustra el artículo *Cómo se debe amar*. – *Aldeanas de Cracovia*, cuadro de Teodoro Mentovicz. – *En las estepas de Polonia*, cuadro de José Chelmonski. – *Enrique Romero de Torres*. – *Las gallinas*, cuadro de Muñoz Lucena. – *Camino de los Villares*. – *Alrededores de Córdoba*, cuadros de Enrique Romero de Torres. – *Mónaco. M. Pablo Meyán efectuando la ascensión en automóvil al monte de la Turbia*. – *Roma. El príncipe de Bulow visitando el Arco de Constantino*. – *Melilla. Ilustraciones del meéting de canoas automóviles*. – *Marruecos. El caid de Ber-Rechia buscando amparo en el campamento francés*. – *Tiradores senegaleses*. – *Barcelona. La banda «L'Elite» de Ginebra*. – *Monumento erigido en Hannóver á la memoria de R. de Bennigsen*, obra de Orón Luer y Carlos Gundelach. – *Hierros artísticos españoles*. – *Marruecos. Construcción de carreteras en Casablanca y en sus inmediaciones*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es la primavera este año como los duendes, que todos hablan de ellos y nadie los ha visto.

Los mismos árboles del Retiro y de la Moncloa parecen friolentos bajo su temblorosa florescencia rosa y blanca, y evocan la idea de angelitos expuestos desnudos á la intemperie y cuyas carnes se estremecen á cada racha de viento destemplado y crudo.

El cielo anda velado de nubes las dos terceras partes de los días. Ha nevado, ha granizado. El aire es sutil y glacial á la salida de los teatros. Los sombreros de paja con flores, expuestos en los escaparates flamantes, se diría que tienen cortedad; las amapolas se avergüenzan, las lilas se encogen de timidez. Las *manuelas* son todavía una excepción. Los tranvías continúan cerrados..., y por lo tanto, mal olientes. En las horchaterías, las mesas están limpias y fregadas y desiertas. La maga no ha venido aún.

***

Más premiosa y desmazalada que la primavera asoma la conmemoración de la guerra de la Independencia, en su Centenario.

¿Qué se va á hacer? ¿Habrá muchos festejos? ¿De qué naturaleza y clase? ¿Con qué dinero? ¿Con qué grados de entusiasmo?

Sin género de duda cabe afirmar que, hallándose tan retrasado todo, las fiestas serán un relativo fracaso. La frialdad del espíritu público puede ser causa, pero también puede ser efecto, de estas deficiencias de organización. El espíritu público es una palabra muy vaga. El señorito que hace «telégrafos» con su novia; el ciudadano pacífico que cruza la calle para evacuar sus negocios; el empleado que va á su oficina; el médico que corre á la cabecera de un enfermo; el chulo, el soldado, la cigarrera, el mismo hampón..., son componentes de ese «espíritu público» que responde ó se hace el sordo en circunstancias señaladas. Y su sordera ó su entusiasmo son como el punto de nieve en las claras de huevo, que no se consigue sino á fuerza de batirlas... Si los periódicos, por espacio de algunas semanas, calientan y fustigan la opinión, la opinión acaba por formarse. ¿Que es una opinión inconsciente? ¡Ya lo sabemos! Y he ahí la gran fuerza y la gran responsabilidad de la prensa en nuestros días. Nunca como hoy una oligarquía gráfica é intelectual ha sido dueña de manejar y dirigir á la grey. No falta quien sostenga que sucede lo contrario, á saber, que es la grey la que influye en la oligarquía. Mis observaciones personales desmienten este supuesto: la grey recibe el impulso. No diré que mil veces no lleve al periódico sus prevenciones, sus sentimentalidades, sus desorientaciones y sus antipatías. Las lleva por muy varios caminos y de muy diversas maneras. Pero en estos casos, en que la grey se encuentra en un estado de equilibrio inestable, la prensa lo hace casi todo.

No quiero decir, no sería justo, que la prensa se haya mostrado hostil al Centenario: lejos de eso, lo recuerda con frecuencia, aunque tibiamente. Su tibieza (que es el reflejo de todas las tibiezas patrióticas que caracterizan al momento que atravesamos) no es voluntaria; en esto sí que el ambiente debe cargar con no escasa parte de culpa. Los periódicos han prodigado las hojas especiales dedicadas al Centenario, evocando recuerdos, efemérides y episodios nacionales de la última gran guerra española. La gente no muerde mucho este anzuelo. Y se acerca la fecha señalada, y aparte de la Exposición retrospectiva, no se anuncia ningún festejo que esté á la altura del memorable Centenario...

***

¡Ni siquiera se halla todo el mundo de acuerdo en que deba celebrarse esta fecha!

Sí, es preciso decirlo, para examinar y refutar semejante opinión: no todos son partidarios de las fiestas. Hay quien alega que hoy nos encontramos en la mejor armonía con Francia; que los rencores se han extinguido completamente; que el tiempo se lleva estas y otras animosidades en su profundo oleaje; que desde la sangre vertida el 2 de mayo, ha corrido mucha más, y que la España de entonces se parece á la de ahora como un huevo á una castaña...

Y los que afirman esto afirman una verdad pero grullesca, *une verité de la Palisse*, como dirían nuestros vecinos y ex enemigos del año 8. Bueno fuera que ahora durasen los odios y los furores que la invasión despertó justamente; y cándido fuera que nadie diese tal significación á los festejos conmemorativos. La significación única que puede dárseles es la del respeto á lo que fuimos y la afirmación de que somos capaces, siquiera, de sentir y expresar ese respeto entusiasta. Y ese respeto lo manifiesta la historia, lo sienten los extranjeros no menos que nosotros, y valdríamos tanto más, cuanto más capaces fuésemos de exteriorizarlo sincera y noblemente. Quien no se ama á sí propio, ni se venera á sí propio, está perdido, sea individuo ó sea nación. La virtud de hacer cosas altas y grandes, en cualquier terreno que sea, es un motivo de júbilo y de transporte para quien la reconoce en la raza de donde procede y de la cual han de proceder sus hijos. He aquí la significación del Centenario, y he aquí precisamente por qué deploro que no halle mayor eco en el espíritu nacional. No padezco ni por asomos de *chauvinisme*, pero todo lo que puede arraigar en la conciencia la noción de patria me parece admirable. Son los pueblos fuertes los que disponen de mayor provisión de estas sanas energías.

***

Ha ocupado por unos días la atención otro centenario, el del nacimiento de Espronceda. El gran poeta vino al mundo en el dramático año 8, entre el fragor de los ruidosos acontecimientos europeos de aquel período. Sin duda en otro país, Espronceda hubiese sido más festejado de lo que aquí fué, porque en España no existe el ferviente culto de los antepasados literarios, artísticos é intelectuales, la religión de los insignes muertos, que se practica de un modo constante en Francia, en Alemania, en Inglaterra, y que reviste caracteres de piadosa devoción al pasado. Pensaba en ello recientemente, ante un detalle insignificante donde mi fantasía se recreaba en encontrar la clave del vigor y poderío de la nación británica. Es el caso que el actual representante de Inglaterra en España, sir Bunsen, me pregunta frecuentemente—aunque está bien informado desde hace tiempo—pormenores relativos á la acción de Elviña y la muerte del general Moore, uno de los aliados que vinieron á unirse á la defensa de España contra los ejércitos de Napoleón. La acción de Elviña ocurrió cerca de la Coruña, y el general Moore está enterrado en un solitario jardín público de la misma ciudad. Realmente, dentro del dramático y titánico período en que sucedió, la acción de Elviña no tiene extremada importancia. El interés del representante de Inglaterra—interés sincero, pues repito que está muy bien informado—es un signo de raza, un indicio de ese modo de ser peculiar de la vigorosa nación, que se ama á sí misma con tenaz amor patriótico. Dondequiera que ha ondeado la bandera inglesa gloriosamente; allí donde ha caído un soldado cumpliendo su deber, Inglaterra entera ve un lugar sagrado, y se descubre y se detiene y pregunta y recuerda. ¡Ay de los pueblos que lo entienden de otro modo; que dejan perecer obscuramente á los suyos; que no visitan la fosa; que ven indiferentes y atónicos amarillear el laurel!

***

Y lo que digo del soldado, digo del poeta. Espronceda es, sin embargo, la más popular entre las figuras máximas del romanticismo. No ha contribuído poco á ello su leyenda, romántica de verdad, más romántica que sus versos, los cuales conservan un marcado sabor de clasicismo, pues Espronceda fué discípulo de D. Alberto Lista, y lo mejor acaso de su obra tiene corte genuinamente clásico. Es indudable que si Espronceda nace contemporáneo de *Jovino* y de *Batilo*, ningún pastor más arcádico hubiese pisado los campos floridos del Zurguecí. Pero el romanticismo, que influyó hondamente en su literatura, selló también su vida, y una reunión de circunstancias le hizo símbolo del nuevo movimiento literario sentimental. Ni Martínez de la Rosa y el Duque de Rivas, dos atildados y elegantes diplomáticos; ni Zorrilla, bohemio de obscura biografía y de tradicional sentir, llegaron al alma de su generación —en este concepto—como el brillante conspirador, el raptor de beldades, el calvatrueno diabólico, el de las desesperadas canciones, que se llamó D. José de Espronceda. Que las canciones desesperadas sean ó no obra suya, no impide que en cierto modo encarnen la idea que de él se formó y el prestigio tempestuoso de su nombre.

Dijérase que su musa fué la indignación y que su estro tenía la inconsciente y quemante fuerza de una corriente eléctrica poderosa. Lo mismo si deploraba en diatriba vehemente los males de la patria, que si renegaba del vacío de la vida, Espronceda sabía agitar y enfurecer el ánimo, obligando, aunque sólo fuese momentáneamente, á compartir su emoción dolorosa y pesimista. Los poetas, los escritores que nos procuran impresiones mediocres y plácidas, no nos pasan de la superficie; los que remueven el pozo del espíritu, son menos olvidables. No era el pesimismo de Espronceda algo sereno y alto como el de Leopardi, hecho para actuar sobre mentes impregnadas de cultura verdaderamente filosófica. En Espronceda, al través del agitador literario, se traslucían los contornos del agitador político; su indignación era fácilmente comunicable á las masas. Tenía que ser Espronceda un poeta muy popular y muy español, aunque su silueta recordase la de Byron.

***

Y Espronceda, por uno de esos casos frecuentes en la historia literaria y que sólo admiran á los que no la han leído, estuvo á punto de adelantarse á Zorrilla en la obra que más ha difundido su nombre; en el *Tenorio*.

Muy pocos años antes de que el *Tenorio* se estrenase, vió la luz *El estudiante de Salamanca*. La semejanza sorprendente de la idea de estas dos creaciones, poemática la una y dramática la otra—y las dos empapadas del jugo de los antiguos romances, consejas y comedias famosas—salta mejor á la vista si se hace representar algún fragmento del *Estudiante*. Mientras el veterano y ducho actor Felipe Carsi ensayaba en el Ateneo á los jóvenes alumnos del Conservatorio la escena de los *Jugadores* en el *Estudiante*, me sorprendía doblemente el azar que había impedido tan sólo á Espronceda escribir, en vez del *Estudiante*, el *Tenorio*, fuese en forma de poema, fuese en forma de comedia sacro-fantástica. Todos los elementos tradicionales, todo el carácter de don Juan están contenidos en el poema de Espronceda. Y me parecía verle vendado, en una especie de juego literario del cucharón, dirigiéndose hacia un punto y tropezando y desorientándose sin llegar á él, mientras Zorrilla, adiestrado por su ejemplo, va recto al fin y consigue el hallazgo. Y es posible, sin embargo, que Zorrilla, tan inconsciente, en esto también lo haya sido, y que sólo el instinto le llevase hacia su típico y archicélebre *Burlador*, del cual siempre habló con desprecio y enojo, porque un editor se lo había comprado en poco dinero, sacando de él millones.

***

Lo curioso de este Centenario de Espronceda fueron las voces que corrieron, de cómo encontraba grandes obstáculos su celebración, en esferas gubernamentales y políticas. Acaso hubiese yo dado crédito á estas voces, por aquello de que en el mundo no se debe dudar de nada, ni afirmar cosa alguna, á no suceder luego que corrieron otras voces atribuyéndome, á mí misma, igual propósito de estorbar la glorificación de Espronceda. Cuando se decían tales cosas, yo andaba atareadísima preparando (no sin trabajos arduos y dificultades enmarañadas) la solemne velada que el Ateneo de Madrid acaba de dedicar al poeta. Y á la verdad, pensaba que si era tan cierto lo ajeno como lo propio... Dábame qué sonreir el contraste entre mis afanes bien visibles por hacer algo en pro de la fama póstuma de Espronceda, que me robaban largas horas y me obligaban á escribir carta sobre carta y á enviar mensaje sobre mensaje á cuantos creía yo que realzarían con su presencia y su palabra el acto, y lo que se murmuraba en corrillos, respecto á *mi actitud*... Y mi sonrisa era la forma de mi resignación ante los errores comunes, que no han disminuído desde Feijóo acá.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Todo, con su bullicio loco y aturdidor, sus luces y sus intrigas, valsó y desfiló en tropel fantástico

CÓMO SE DEBE AMAR

El límpido semblante de la señora de Almedar, todavía muy joven, se obscurecía bajo las sombras de un desengaño torturador.

Se había entregado á sus hijos, sin previsión alguna, toda entera, siempre mimosa y tolerante... ¡Cuán loca había sido!

Principiaba á comprender, quizá demasiado tarde, que su amor era semejante al mar. Besa sin descanso las playas. Las playas quedan áridas.

En el fondo del amor, cuando se manifiesta desbordante y ciego, existe siempre un algo que destruye, como el salobre de los mares.

Todo su proceso maternal no había sido más que una ola. Sus hijos estaban secos. Almas sin ideal; naturalezas quebradizas.

Alberto, el mayor, apenas contaba diez y ocho años. Su rostro enjuto y amarillento; todas sus maneras y raciocinios, harto explicaban que tenía un corazón de arena sobre el cual era imposible edificar...

Los menores crecían indomables é insolentes; cerrados á todo impulso generoso, á toda idea sensata, quizá más perversos y holgazanes que el mayor...

El chiquitín, en aquel instante, pateaba contra una puerta con tal fogosidad de niño mal criado, que pronto consiguió hacer suya toda la orquesta de los cristales de la casa.

Era una música atroz; un concierto de aquelarre, como si un órgano se hubiese vuelto súbitamente loco y mandase al diablo, al unísono y en escala ascendente, todo el aire de sus trompeterías, al redoble de un enorme tambor, golpeado por dos pies furiosos!..

La infeliz madre que había soñado obtener hijos robustos, inteligentes, buenos y emprendedores, sólo á fuerza de besos y golosinas, sin emplear otro sistema que el de complacer al instante sus menores caprichos; ella, que confiaba merecer también, en el frío porvenir de su ancianidad, aquel rayo de sol que el amor reserva á los abuelos—rayo de sol que se hundía bajo la negra nube del desamor de sus hijos, de unos hijos que le costaban el enorme sacrificio de vivir separada de su esposo, para mejor preservarles de severas represiones;—ella, en fin, que había soñado un cielo y despertaba en la pavorosa obscuridad de su desencanto, se levantó rígida, resuelta, inflexible y justiciera, ante el negro cuadro del porvenir que le esperaba, y dirigióse á reprender duramente al más querido y mimado de sus hijos.

Ya en el corredor, encontró á la más nerviosa de sus muchachas.

—¿Qué tiene el niño?

—Canta. Me arañó y le pegué.

—Muy mal hecho. Debías avisarme.

—¡Como la señorita nunca los castiga!..

Decía verdad, y la buena señora por primera vez adoptó el sistema de callarse. Empujó la puerta.

—Abre, Quinito.

—No quiero.

Hubo de entrar á la fuerza. Joaquín estaba á reventar, sus ojos inyectados de sangre parecían pedir paso á las órbitas.

—Vamos, Quinito, sé bueno.

Quiso levantarle y no pudo. Intentó enjugarle las lágrimas, y el chico, de un solo mordisco, destrozó el pañuelo. Era tanta su exaltación, que la madre temió por su salud, propensa á quebrantarse como la de todos los niños que tienen madres demasiado aprensivas, y olvidándose de su deber de corregirle, acercó muy dulcemente á sus labios aquella carita de aquel revoltoso... Y Joaquín escupió á su madre.

Catalina de Almedar tuvo un desvanecimiento y cayóse en brazos de la muchacha. Su corazón no podía más. Hacía muy poco que se había presentado Alberto después de haberse pasado tres noches sin acostarse en casa, para exigirla una suma considerable que según él había perdido en el juego. La Providencia sumía en la mayor de las desventuras á la imprudente madre, víctima al fin de su propia obra. Había querido y cuidado á sus hijos como una esclava, y ellos á su vez la trataban con el mayor desdén y tiranía. Alberto la insultó y se fué. Estaba hastiado de la vida, y manifestó que de no obtener todo el dinero necesario para no aburrirse, pondría término á una existencia por demás enojosa, ya que él no se la había pedido. Estas palabras laceraban cruelmente el alma de la señora Almedar, y seguían repitiéndose dentro de ella como un toque de difuntos.

La reciente ofensa del pequeñín acababa de hundirla en el abismo de dolor que la absorbería quizá para siempre.

Y en su delirio, en su fiebre de besos filiales, en su desvarío de amor conyugal, vió muchas cosas; lo más dulce y lo más amargo de su vida...

Recordó las tibias noches de un verano de ensueño, tan lejano, lejano, que jamás volvería para su alma triste y desolada. Noches claras, divinas noches pasadas con su esposo bajo un cielo de azul ardiente, recortado por las redondas copas de los frutales que parecían grandes cestas ofrecidas á la luna, colmadas de naranjas y ruiseñores...

Alberto, entonces, crecía robusto y dócil, aunque medio salvaje...

Vió después á sus padres, á todos sus parientes, á sus falsas amigas... Oyóles claramente á todos, burlándose de ella y de su esposo, criticándola por su vida vulgar, por su existencia campesina... «Eres del gran mundo. Perteneces á la aristocracia. Te aguardan en los salones. ¿Vas á hacer unos labriegos de tus hijos? ¡Vaya un ambiente social para educarles! No quieres á tus hijos...» Ofendióse en su amor de madre y cedió.

Su esposo, férvido adorador de la naturaleza pura, no tuvo otro remedio que abandonar sus doctrinas vegetaristas, mejor dicho, su sistema de educar higiénicamente á los niños, y siguió á su mujer.

Todas las fiestas aristocráticas, los asaltos, las reuniones, los conciertos, las funciones de gala, todo, todo, con su bullicio loco y aturdidor, sus luces y sus intrigas, valsó y desfiló en tropel fantástico por su cerebro delirante... Sus hijos estaban solos en casa, á merced de criados, de muchachas, de institutrices, de gente en fin que no era su madre... Y la madre volvía á su casa llena de mareo y sobresalto; besaba á sus hijos febrilmente, con intensidad, como si se besara ella misma para acallar un débil reproche de su conciencia... Su esposo asistía á las fiestas pura y simplemente para acompañarla... Estaba fastidiado de tanta frivolidad, de tanto chisme dorado, de tanto esplín con disfraz alegre y coquetón.

Ella comprendía todo esto perfectamente, porque también se hastiaba; pero como decían que aquello era cumplir con la buena sociedad, se esforzaba y cumplía.

¡Ah, entonces ignoraba que el mejor cumplimiento de una madre para con la sociedad es dotarla de seres vigorosos y capaces de las más altas empresas! Había echado en olvido, por meras atenciones sociales, toda noción del único sistema conducente al grandioso fin maternal.

El marido, á pesar de todo, tenía tranquila la conciencia. No estaba contento de sus hijos; comprendía que un ambiente insano y trivial les estaba envenenando. Era débil ante su mujer por lo mucho que la quería, y sin embargo se esforzaba en atajar el mal... En vano probó volverla á la sana realidad de las cosas. No halló manera de cambiar su tolerancia y su mimo por un amor consciente y previsor que les guiase hacia el bien de la vida. Con tal motivo no perdonaba ocasión para reprenderles, sin comprender que él también cooperaba, con su debilidad de esposo, á que echase profundas raíces el mal vivir de su casa.

Un día Alberto, muy crecidito ya, contestó á su madre con la mayor insolencia.

—¡Sí, sí!.., tú te diviertes y nosotros todo el día estudiando!.. ¿Para eso nos trajiste al mundo?

El padre levantó una mano. La madre se interpuso. Y Alberto, al verse protegido, se rió de él... El

padre entonces sintió el ridículo, se amoscó y habló de sus derechos. La madre sacó á relucir su amor, y en el calor de su exaltación insensata, dejóle comprender que su fortuna era superior á la suya y que sus hijos, por más que no supiesen hacer nada de provecho, nunca serían pobres.

El Sr. de Almedar cogió el sombrero y marchóse para siempre á su casa de campo, donde las noches en otro tiempo se habían deslizado tibias y risueñas, bajo los frutales que parecían cestas desbordantes ofrecidas á la luna...

Catalina recordó todo esto en la dolorosa lucidez de su desvarío y rompió en amargo llanto largo tiempo contenido. Vió claramente el camino que debía seguir, y armándose de valor, fortalecida por el más vivo reconocimiento hacia su esposo, halló toda la serenidad necesaria en su alma para la enérgica obra de renacimiento que iba á emprender... Era necesario renovar la vida de su casa, la existencia degenerada de sus hijos, y ¿quién duda que la Naturaleza posee toda fuente de regeneración?

Hizo enganchar el coche.

Pocas horas más tarde se divulgó la especie de que la acaudalada hija de Alberto Donald estaba arruinada.

Vendió su casa y sus muebles para que sus hijos no sospechasen el engaño, y fué á ofrecer toda su fortuna á su esposo con el fin de que, olvidando la pasada ofensa, cuidase del porvenir y educación de sus hijos.

El Sr. de Almedar, profundamente emocionado por tan sublime acción de verdadero cariño maternal, la recibió en sus brazos, y volvieron las tibias noches á endulzar sus corazones quebrantados por la falsa risa de un mundo que se muere de esplín porque no sabe qué hacer, cuando su misión es tan grande!..

La dulce armonía de los campos, la generosa majestad de la Naturaleza, el ambiente sencillo y encantador de la aldea silenciosa y rebosante de sana felicidad, así como también los sinceros discursos de un anciano profesor, influyeron poco á poco en el alma y en el cuerpo de los pequeños hijos de aquellos padres que volvían á la vida.

Por lo que toca al joven Alberto de Almedar, cuando se convenció de que los amigos de placer huyen siempre de la miseria; al comprender claramente que, á pesar de su brillante nacimiento, nada podía arrancar de la sociedad sino á fuerza de trabajo, emprendió el camino de la regeneración y de la dicha positiva, andando hacia la casa solariega de su padre, más roído y apesadumbrado que el Hijo pródigo.

(Dibujo de Calderé.) Nogueras Oller.

Aldeanas de Cracovia, cuadro de Teodoro Mentovicz

ENRIQUE ROMERO DE TORRES

Enrique Romero de Torres pertenece á la escuela de artistas que, como Rusiñol, Bilbao, Baroja y Miguel Nieto, atienden con gran cariño en sus cuadros al paisaje, para que no sea éste cosa secundaria ni menos un detalle que pase sin admiración. Imagina este notable pintor, según sus lienzos me declaran, que á la Naturaleza hay que representarla tal y conforme la columbramos con nuestros ojos de exquisitos observadores, y que es campo inagotable y siempre nuevo de bellezas.

Ni á Enrique Romero, ni á Sorolla, el insuperable pintor del Sol, les discutiría yo ni una sola de sus arraigadas ideas y creencias, puesto que siempre las defendieron gallardamente con obras admirables que han convencido á los más descontentadizos, y pinturas que entraron á servir para enseñanza de una escuela.

Enrique Romero de Torres, no hay que jurarlo, puesto que hoy vais á contemplar en estas páginas algunas reproducciones de sus celebrados lienzos, ama intensamente su bravío campo cordobés, y palpa, permítase la frase, sin gran esfuerzo toda su poesía. Es un convencido que, si á veces titubea y se nos presenta, con marcadísimas claudicaciones, á la vera de su hermano Julio, es sólo un instante, como ese *Descanso* que no puede influir en toda su obra ya hecha y premiada en varias exposiciones, ni en la más sobresaliente que de este buen artista esperamos.

Asuntos bellos, paisajes no vistos por las gentes de las ciudades, no han de faltarle en su amada tierruca al pintor. Yo aseguro que no hay otros campos comparables á los que he admirado en la provincia de Córdoba.

En otro orden debemos á Enrique Romero de Torres una labor digna de grandes encomios. El artista que nos ocupa ha enriquecido, en poco tiempo, el Museo provincial de Córdoba con numerosas obras de firmas muy reputadas. Yo he sido testigo alguna vez, cómo, ante sus repetidos ruegos, Benlliure, Blay, Querol, Sorolla, Villegas, Ferrant, Morín, Jiménez Aranda, Monserrat, Garnelo, Baroja, etc., se mostraron espléndidos y entregaron al joven pintor cordobés obras de su ingenio, como regalo para el notable y numeroso Museo de Córdoba, y para que las expusiera al lado de las tablas del siglo xv de Pedro de Córdoba y de Bartolomé Bermejo, y de los admirables lienzos de Palomino, Murillo, Zurbarán, Ribera, y de los que con el tiempo serán tan famosos como los del Greco, debidos á la fuerte y delicada paleta de Antonio del Castillo y de Valdés.

Es director del rico museo Enrique Romero, y es tan admirable su constancia y tan ardoroso su trabajo en este importante cargo, que si estas labores se premiaran como las de pintura con medallas, ya tendría, sin que nadie se las regatease, dos primeras, que uniría á otras ya alcanzadas por el mérito de sus cuadros, y la propuesta para la de honor votada por todos los artistas, que no ignoran cómo son de espléndidas las Diputaciones y los Ayuntamientos de España cuando de cosas de arte se trata.

Manuel Carretero.

En las estepas de Polonia, cuadro de José Chelmonski

EL NOTABLE PINTOR ENRIQUE ROMERO DE TORRES

Las gallinas, cuadro de Muñoz Lucena, existente en el Museo de Córdoba, del que es director Enrique Romero de Torres

Paisajes cordobeses.—Camino de los Villares, cuadro de Enrique Romero de Torres

Alrededores de Córdoba, cuadro de Enrique Romero de Torres

MÓNACO

PROEZA DE UN AUTOMOVILISTA

Pablo Meyán es un artista del automóvil, y para demostrar que éste puede realizar las mayores proezas, se complace en acometer empresas que á cualquier otro parecerían imposibles

Hace pocos días se propuso subir á la Turbia por el camino de herradura llamado de los Moneghetti que desde Monte Carlo asciende en penosas cuestas hasta la cima de aquella roca colosal, salvando, en un trayecto de 3.500 metros, una altura de 600; camino estrecho todo él pedregoso, con recodos fantásticos, con pasos terroríficos, suspendido sobre el abismo. Y cumplió su propósito, efectuando felizmente la ascensión en un automóvil Lorraine-Dietrich de 24 caballos, doble faetón, de 3'20 metros de largo y de 1.600 kilogramos de peso, manejado por el mecánico Peccolo, hombre dotado de energía maravillosa, de gran sangre fría y de portentosa habilidad.

El resultado de la prueba fué admirable; los expedicionarios, salidos de Monte Carlo á las ocho y media de la mañana, llegaron felizmente á la cúspide de la Turbia á las cuatro y cuarto de la tarde.

Enterados de la asombrosa tentativa, los habitantes de aquellos lugares abandonaron sus casitas y siguieron en su loca marcha el audaz vehículo, en espera de la *panne*, merecido castigo de tanta osadía; pero sus esperanzas se vieron defraudadas, pues la ascensión se realizó, como hemos dicho, con toda felicidad.

Mónaco.—M. Pablo Meyán efectuando, en un automóvil Lorraine-Dietrich de 24 caballos, la ascensión al monte de la Turbia por un camino de herradura.
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

EL PRINCIPE DE BULOW

EN ROMA

La visita del canciller del imperio alemán á Roma, después de la entrevista de Guillermo II y Víctor Manuel III en Venecia, ha sido y es aún objeto de grandes comentarios en los círculos diplomáticos y políticos de Europa. Bulow ha dicho que su viaje á la capital de Italia obedecía simplemente al deseo de corresponder á las visitas que en 1904 y 1905 le hicieron el presidente del Consejo de ministros italiano señor Giolitti, en Homburgo, y el ministro de Negocios Extranjeros Sr. Tittoni, en Baden-Baden, y además aduce, como otro pretexto plausible, la adquisición de la *villa* de Malta, que ha comprado recientemente; pero todas estas explicaciones no satisfacen á los que con razón atribuyen siempre motivos de alta política á los menores actos realizados por los que se hallan al frente del gobierno de las grandes potencias.

Y en el presente caso, cuando están sobre el tapete cuestiones como la de la pacificación de Macedonia y la de los ferrocarriles balkánicos, nada tiene de particular que se conceda á la visita de Bulow á Roma y á sus entrevistas con el rey y con Tittoni mayor importancia de la que el mismo interesado pretende darles.

Por otra parte, la audiencia que le ha concedido Pío X y sus conferencias con Monseñor Merry del Val son otros motivos que justifican esta apreciación, pues es de suponer que en ellas se habrá tratado de la cuestión polaca, de tanta trascendencia para Prusia.—S.

Roma.—El príncipe de Bulow, canciller del imperio alemán, visitando el Arco de Constantino en compañía del Dr. Renvers
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

Melilla. — Embarque de la mehalla jerifiana para Rabat

Una parte de la mehalla jerifiana que, procedente de Mar Chica, se refugió á últimos de enero en Melilla, ha abandonado recientemente aquella plaza, embarcándose en el buque de guerra español *Numancia*, que la ha conducido á Rabat, para donde zarpó el 18 de este mes.

Los caides de las fuerzas marroquíes, antes de emprender su viaje, se han mostrado agradecidísimos á las atenciones y cuidados que las autoridades españolas les han prodigado. Ultimamente, gracias á las negociaciones de nuestro gobierno, la mehalla, que, juzgando por ciertos indicios, creía haber caído en desgracia, ha obtenido del majzen un amplio perdón. En efecto, Mohamed Torres ha dirigido al representante de España en Tánger una nota manifestando que, en correspondencia á la conducta del gabinete de Madrid, estaban perdonadas cuantas faltas anteriores ó posteriores á la entrada de la mehalla en Melilla hubiesen cometido los jefes y caides de la misma, quedando, por consiguiente, éstos exentos de toda responsabilidad por el pasado.

Con los soldados de la mehalla se han embarcado gran número de mujeres y niños, algunas piezas de artillería, municiones, víveres y ganado.

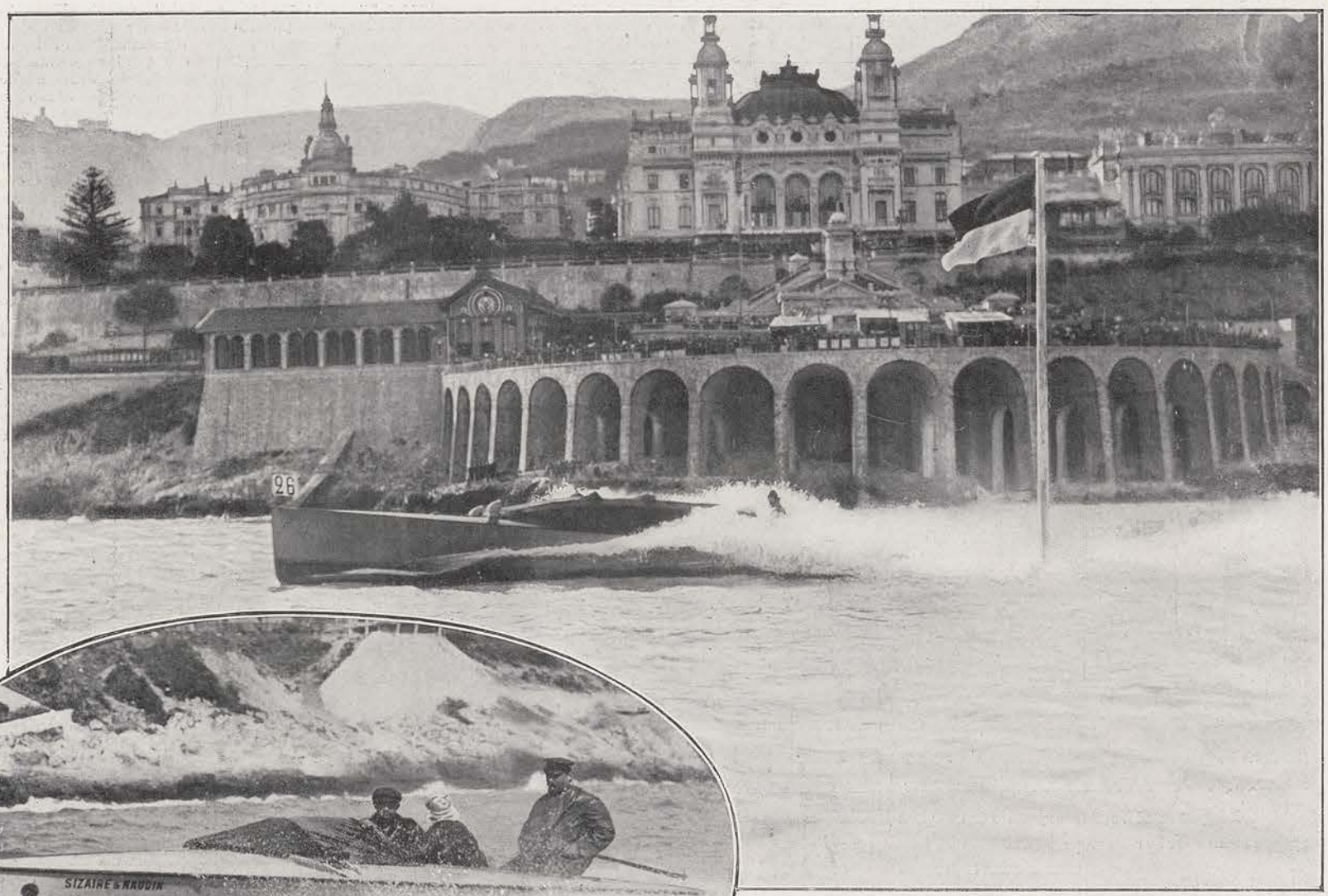
Los expedicionarios han llegado á Rabat, para donde partirá en breve el resto de la mehalla, que aún está en Melilla.

El general Marina y Si Mohamed el Farjani,
representante del sultán, presenciando el embarque de la mehalla

Lancha que conduce á los individuos de la mehalla al buque de guerra español «Numancia.»

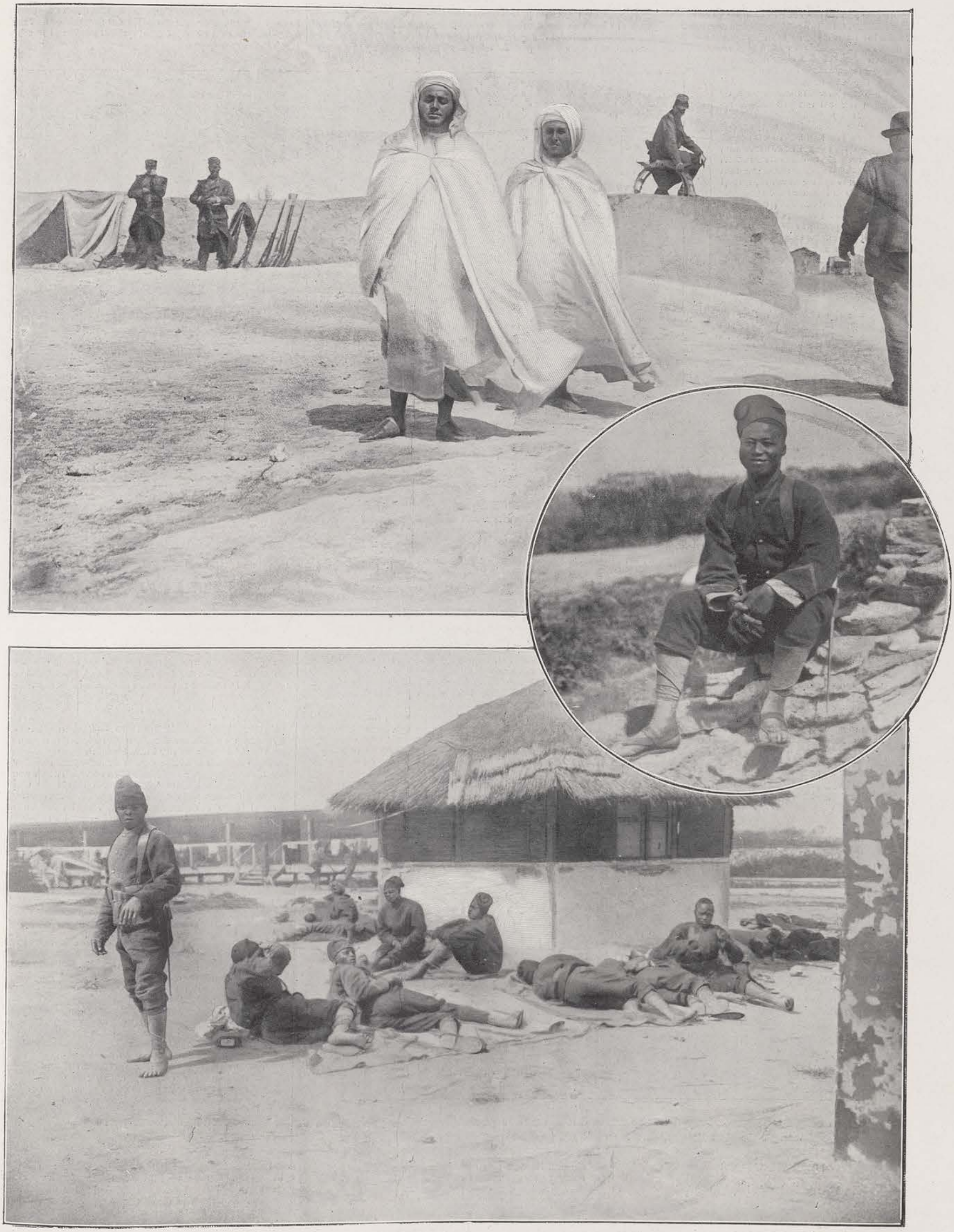
La mehalla en la cubierta de la «Numancia.» (De fotografías del capitán D. M. Lorduy.)

MÓNACO.—MEETING DE CANOAS AUTOMÓVILES. (De fotografías de Roger.)



La canoa «Wolseley-Siddeley,» n.° 26, ganadora del premio de los «racers,» en el concurso de los 50 kilómetros.—La canoa «Sizaire-Naudin,» n.° 41, ganadora del premio de los «cruisers,» en el concurso de los 50 kilómetros.—La canoa «Panhard-Levassor,» n.° 24 ganadora del Campeonato del Mar y de la copa del príncipe de Mónaco.

MARRUECOS.— EN EL CAMPAMENTO FRANCÉS DE BER-RECHID. (De fotografías de M. Branger.)



El caid de Ber-Rechid buscando amparo en el campamento francés antes del ataque de los marroquíes del 6 del corriente.—
Un tirador senegalés.—Sección de los tiradores senegaleses en el campamento de Ber-Rechid

BARCELONA. – LA BANDA «L'ELITE» DE GINEBRA

La visita que recientemente nos ha hecho la notable banda ginebrina *L'Elite*, habrá dejado seguramente recuerdos gratísimos, así á los individuos de la misma y á los turistas suizos que les acompañaron, como al público barcelonés; á los unos, por la cariñosa acogida que nuestra capital les ha dispensado, al otro porque en los dos conciertos dados en el Palacio de Bellas Artes ha podido apreciar las excelencias de una institución musical tan justamente renombrada.

Fueron aquéllos dos verdaderos acontecimientos musicales; la banda, compuesta de 80 músicos y dirigida por el Sr. Romaine, ejecutó admirablemente piezas de Mozart, Beethoven, Herold, Leo Delibes, Wágner, Iradier, Suppe, Raynaud y Gounod, que el público aplaudió con entusiasmo.

En el intermedio del segundo concierto, los músicos y el elemento oficial fueron obsequiados por el Ayuntamiento con un espléndido *lunch*, y terminado éste el alcalde entregó á la banda una artística corona de plata, adornada con lazos de los colores de las banderas suiza, española y catalana y con una dedicatoria, *A la Musique «L'Elite» de Ginebra, el Ayuntamiento de Barcelona. – Abril de* 1908.

Los expedicionarios visitaron la Casa de la Ciudad, el Palacio de la Música Catalana y los alrededores de Barcelona, siendo en todas partes agasajados cariñosamente. A su llegada y á su salida fueron recibidos y despedidos por las autoridades, por distinguidas personalidades y por la colonia suiza, presidida por el cónsul general Sr. Geschwin.

Barcelona.—La banda «L'Elite» de Ginebra y los turistas suizos que la han acompañado en el hotel de Ambos Mundos, en donde se han hospedado durante su estancia en esta ciudad. (Fotografía de A. Merletti.)

MÓNACO

MEÉTING DE CANOAS AUTOMÓVILES

(Véanse los grabados de la página 288.)

El quinto concurso de canoas automóviles efectuado en Mónaco en los días 5 á 12 de este mes, ha puesto una vez más de manifiesto los progresos que de año en año se realizan en esta rama de la industria naval, y ha constituído, como de costumbre, una de las fiestas más brillantes y animadas de las muchas que durante la *saison* se celebran en aquel incomparable lugar de la Costa Azul.

No consignaremos los pormenores de todas las carreras, en las que las más acreditadas marcas se disputaron una porción de premios; refiriéndonos únicamente á las canoas que reproducimos, diremos que la *Sizaire-Naudin*, francesa, venció en la de *cruisers* de menos de 6'50 metros de largo, recorriendo los 50 kilómetros en 2 horas, 20 minutos y 16 segundos; que la *Wolseley-Siddeley*, inglesa, ganó el premio de la 1.ª serie de *racers*, empleando 56 minutos y 17 segundos en el recorrido de 50 kilómetros, y que la *Panhard-Levassor*, francesa, resultó vencedora en las dos pruebas que más interés despertaban, la del Campeonato del mar y la de la copa del príncipe de Mónaco, recorriendo, en la primera, 200 kilómetros en 3 horas, 46 minutos y 2 segundos, y en la segunda, un kilómetro en 1 minuto y 4 segundos.

Este es el tercer año que la marca *Panhard-Levassor* gana el Campeonato de Mónaco.

Monumento erigido en Hannóver á la memoria del eminente parlamentario y presidente de la provincia R. de Bennigsen, obra de Orón Luer, arquitecto, y Carlos Gundelach, escultor

DE MARRUECOS

(Véanse los grabados de la página 289.)

Mientras en la región de Settat los franceses obtienen cada día nuevos éxitos, en la frontera oranesa han sostenido recientemente un combate, del que, al parecer, no han salido muy bien librados.

En Settat aumentan las sumisiones de tribus, entre ellas la de los Sidi-ben-Daúd, cuyo territorio no había sido aún visitado por los franceses, y una parte de las de los Mzamza y de los Gdava, y el general d'Amade ha efectuado nuevos reconocimientos, en uno de los cuales, el día 12 del corriente rechazó victoriosamente un ataque de las fuerzas hafidianas, habiéndose apoderado del campamento que éstas abandonaron.

El combate de la frontera oranesa á que antes nos referimos se libró en las inmediaciones de Talzaza, en el lugar denominado Menaba. La columna del coronel Pierrón, fuerte de 800 hombres, fué sorprendida el día 16 de este mes en el campamento que había instalado á pocos kilómetros de Talzaza por la harka hafidiana, que se componía de 2.000 infantes y 300 jinetes. Al principio, los franceses se vieron envueltos por el enemigo; pero repuestos de su sorpresa, lanzáronse denodadamente contra los marroquíes, y después de una lucha encarnizada lograron ponerla en fuga, causándoles centenares de bajas.

Los franceses tuvieron, en ese encuentro, 30 muertos y 98 heridos.

Posteriormente el general Vigy, que no había podido tomar parte en aquella acción, ha perseguido á los restos de la harka, dispersándolos totalmente.

Si hemos de dar crédito á las noticias de procedencia francesa, la causa de Muley Hafid está en plena decadencia, y hasta los que más afectos parecían al pretendiente se separan de él y tratan, por todos los medios posibles, de congraciarse de nuevo con Abd-el-Aziz.

Esto no obstante, Muley Hafid no cede en su empeño de considerarse y ser considerado como sultán legítimo, y al efecto, sin tener en cuenta el fracaso de su anterior tentativa, envía ahora á Europa una embajada para solicitar de algunas potencias el reconocimiento de su soberanía.

MONUMENTO A BENNIGSEN

Para honrar con un monumento la memoria del gran parlamentario y uno de los más ilustres colaboradores de la unidad alemana, Rodolfo de Bennigsen, convocóse un concurso en el que tomaron parte cuarenta escultores y arquitectos alemanes, habiendo obtenido el primer premio el proyecto de Luer y Gundelach.

El monumento álzase en el parque de Hannóver, y de su forma original y grandiosa puede juzgarse por el adjunto grabado. La estatua, de tamaño doble del natural, es de bronce y descansa sobre un pedestal en el que sólo se lee el nombre de Rodolfo de Bennigsen.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— BARCELONA. – *Salón Parés.* – Han expuesto recientemente el Sr. Reynés unos paisajes bien escogidos y hábilmente pintados; el Sr. Berge varios cuadros de correcta ejecución y entonación agradable, y el Sr. Montserrat un retrato de gran parecido.

Salón P. Reig é hijo. – El conocido caricaturista Sr. Bagaría ha exhibido gran número de figuritas de madera, caricaturas de conocidas personalidades barcelonesas, ejecutadas con mucha gracia y casi todas ellas de admirable expresión.

* * *

Espectáculos. — BARCELONA.— Se han estrenado con buen éxito: en Romea *En Joan dels miracles*, drama en tres actos, y *L' alegría del sol*, idilio en un acto, originales ambas obras de Ignacio Iglesias; y en el Principal *El detective Sherlocy Holmes*, comedia melodramática en cinco actos y seis cuadros, tomada de las novelas de Conan Doyle por Guillermo Gillete y traducida al catalán por Salvador Vilaregut.

En el Liceo, el eminente barítono Titta Ruffo ha alcanzado un gran triunfo en *Amleto*, ópera en la cual ha sido asimismo muy aplaudida la señorita Paretto. En la *Tosca* ha obtenido merecidas ovaciones la señora Pasini Vitale y muchos aplausos los Sres. Titta Ruffo y Fazzini. Ambas óperas han sido muy bien dirigidas por el maestro Sr. Vitale.

En Novedades funciona la compañía de la eminente actriz Tina di Lorenzo, que en todas las representaciones es objeto de ovaciones calurosas; son asimismo muy aplaudidos los señores Carini y Falconi.

MADRID. – Se han estrenado con buen éxito: en el Español *La araña*, drama en tres actos de Angel Guimerá y, con ocasión de la Fiesta del Sainete organizada á beneficio de la Asociación de la Prensa, *La comedianta famosa* y *Los majos de plante*, sainetes en un acto de Tomás Luceño el primero, y de los Sres. Dicenta y Répide el segundo, que fué admirablemente representado por las compañías reunidas del Español, de Lara y de la Princesa; en Lara *Las buñoleras*, pasillo cómico en un acto de los hermanos Alvarez Quintero; en el teatro de la Princesa *La montaraza de Olmedo*, comedia en tres actos de Luis Maldonado; en Apolo *El padre cura*, entremés en un acto, letra de Manuel Moncayo, música del maestro Paneca; *El porvenir del niño*, entremés en un acto de Antonio Casero, y *La muñeca ideal*, arreglo en un acto de la opereta francesa de Audrán *La poupée*, hecho por los Sres. Gereda y Soler; y en el Cómico *Los niños de Tetuán*, sainete en un acto de Ramón Martín, música de los maestros Calleja y Torregrossa.

PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Simone*, comedia en tres actos de Eugenio Brieux; en el Ambigú *Les pierrots*, drama de la vida militar en cinco actos de Gustavo Grillet; en Cluny *Qui qu'a vu Ninette*, vaudeville opereta en tres actos y cuatro cuadros de J. Oudot y J. Drault, música de Lebailly; en Sara Bernhardt *La courtisanne de Corynthe*, drama en cinco actos de Miguel Carré y Pablo Bilhaud; en la Porte-Saint-Martin *Le chevalier d'Eon*, ópera cómica de gran espectáculo en cuatro actos, letra de Armando Silvestre y Enrique Cain, música de Rodolfo Berger; y en Folies Dramatiques *Le coup de foudre*, vaudeville en tres actos de Xanrof.

EL HEREDERO

Novela inglesa original de Sydney C. Grier.—Ilustraciones de G. P. Jacomb-Hood. R. I.

– Me parece que esto será lo más interesante para usted, dijo Mauricio cuando, después de haber comido y retirádose á la biblioteca, desenvolvía un largo rollo de pergamino

I

DE JURE

—Me parece, en verdad, que hago mal, dijo el rector del colegio de San Salvador al extranjero ilustre á quien acompañaba al paraninfo de la Universidad de Cambridge. El tiempo que ha de permanecer en esta población es tan corto, que ha de necesitar usted hasta el último minuto para sus trabajos.

—Yo lo ruego que no se preocupe por eso, replicó el profesor Panagiotis con la entonación afectada del que ha aprendido inglés en los libros. ¿Qué honor más grande podría hacérseme que el permitirme presenciar la contienda de esos campeones juveniles disputándose el premio de la poesía y de la oratoria?

—No espere usted grandes cosas, dijo el rector con alguna inquietud; bien es verdad que si se tratara tan sólo de los ejercicios ordinarios con que suelen disputarse los premios, yo le hubiera á usted dejado muy tranquilo en la biblioteca; pero el asunto del poema inglés tiene mucha relación con el de la gran obra de usted. No ha sido seguramente elegido con intención, sino una mera casualidad, añadió por escrúpulo de conciencia. Me ha parecido que debía usted estar presente á su lectura.

—Estoy en un todo conforme con usted, respondió el autor de la famosa obra, en alemán, sobre la caída del Imperio de Oriente, admirándose de que su introductor tuviera tanto cuidado en que no tomara por una delicada atención lo que no se había tenido intención de que lo fuera. ¿Así, pues, el argumento es histórico?

—La caída de Czarigrad, replicó el rector; la medalla se ha otorgado á un alumno de San Salvador, lo que hace muchos años que no había sucedido. Tengo entendido que antes de escribir ese poema ha estudiado muy atentamente la obra de usted. Este ha sido el motivo que he tenido para traerle á usted aquí.

Más de una vez sintió el profesor haber escrito su libro mientras estuvo sentado en el paraninfo, escuchando á varios jóvenes llenos de emoción, cuyos rostros unas veces competían en blancura con los birretes de los licenciados, y otras, por lo rojos, con los de los doctores, y que declamaban sus composiciones en diversas lenguas, con la gracia y dignidad que eran de esperar de una excesiva nerviosidad, sostenida de continuo por los aplausos de amigos bien intencionados. El profesor miraba al latín con desdén, y en cuanto al griego de Cambridge, á causa de la diferente pronunciación, con dificultad podía reconocer en él á su lengua nativa; pero el poema inglés le interesó algún tanto, á pesar de sentir grandes deseos de dispensar al autor de la tarea de recitarlo. El joven premiado con la medalla estaba pálido y no grana, por fortuna, pues el profesor Panagiotis tenía al rubor por cosa propia sólo de mujeres; pero al igual que sus demás compañeros, participaba de aquella falta de calor tan característica de los ingleses. En los pasajes más conmovedores se percibía claramente la nota de una consciente desconfianza; acogía los aplausos que le tributaban con estólida resignación; parecía que él mismo se preguntaba el por qué no le dejaban terminar en paz su misión desagradable. Esto contrariaba tanto más al profesor Panagiotis, cuanto que siempre que podía pescar alguna palabra, le parecía el poema muy notable. El autor había tomado por tema el último día de la prolongada lucha entre la Cruz y la Media Luna, cuando la ola musulmana anegó por fin el gran baluarte de la Cristiandad, y el emperador Juan Teofanis cayó en la brecha combatiendo como un soldado raso. La narración estaba puesta en boca del emperador; la descripción de la vigilia nocturna, del amanecer del día fatal, de la furia fanática del asalto, de la deserción de la causa cristiana hecha por sus aliados y del último y desesperado combate á que se

lanzó Teofanis, resuelto á perecer, le impresionó; sentía como si todo aquello fuera realidad. Él había vivido meses y años entre los testigos mudos de aquellos sucesos, pero no hubiera podido describirlos con mano más maestra que la de aquel opositor. El relato era sencillo y sin adornos, la expresión cruda y precisa; pero á medida que los truncados versos llegaban á su oído, sin ser acompañados de ningún artificio retórico por parte del recitador, iba sintiendo un estremecimiento parecido al que produce la narración sin adornos de un testigo ocular de los sucesos. Aquel joven debía ser un poeta de no comunes alientos; el profesor Panagiotis se olvidó de los manuscritos que le aguardaban en la biblioteca, pensando decididamente en trabar conocimiento con el estudiante.

—Pero, mi querido amigo, tienen ustedes aquí todo un genio, exclamó cuando volvió á reunirse con el rector, terminado el acto. ¿Quién es ese poeta, cuyo nombre no he podido oir por el ruido que hacían, llenos de envidia, los parientes de sus contrincantes?

Una sonrisa, que no pudo reprimir, se dibujó un momento en el semblante del rector, quien contestó con mucha seriedad:

—Teffany, Mauricio Teffany, estudiante de tercer año. Se marcha la semana entrante, después que se haya licenciado.

—¡Teffany! ¡Por vida de!.. ¿Será posible?, exclamó el profesor. Debió habérseme ocurrido. Esta es una coincidencia extraordinaria. Perdóneme usted, dijo á su interlocutor viendo que éste le miraba con sorpresa, pero ese nombre evoca en mí muchos recuerdos que me interesan. ¿Ese joven será el orgullo del colegio?

—De ningún modo, dijo riéndose el rector. Verdaderamente este es un caso curioso. Teffany ha sido siempre para mí una especie de enigma. No es lo que se llama un hombre popular, pero ha ejercido gran influencia sin ruido alguno. He de confesar que no me acaba de satisfacer, especialmente cuando lo comparo con su hermana, muchacha muy lista. Solía asistir á mis clases con otras estudiantas de Girtham y me ayudó mucho, manifestando gran capacidad para hacer investigaciones originales. Teffany estudiaba bastante; pero fatigosamente y sin ardor. Me apenaba la idea de que no habíamos acertado con la dirección que debía dar á sus estudios.

—¿Pero ahora, después de haber escrito ese poema, duda usted todavía?, preguntó con viveza el profesor Panagiotis.

Movió á uno y otro lado la cabeza el rector y dijo:

—Todavía dudo. Pregunté á su profesor si había antes hecho alguna otra cosa en cuestión de poesía, pues era de creer que habría llenado resmas de papel con versos de aficionado, como usted comprenderá; pero nada, ni una cuartilla. No había escrito ninguna composición poética; parece que tampoco tiene ganas de escribir ninguna más.

—Ese joven me interesa, dijo el profesor. Su nombre solamente...

Callóse de pronto, como si cambiara de pensamiento, y añadió:

—Quiero decir, sin tener su nombre para nada en cuenta.

—¡Ah! Naturalmente, el asunto elegido tenía que interesarle á usted, dijo el rector con algún recelo. ¿Tal vez le gustaría á usted conocerle? Le convidaré para que venga á comer con nosotros esta noche. Ha hecho honor al colegio y me alegraré de demostrarle que lo reconozco.

Aquella noche, durante la comida, el profesor Panagiotis examinó atentamente á su vecino de mesa siempre que tuvo ocasión. A él, como al rector, el joven no le acabó de satisfacer. Era una medianía completa Ni alto, ni bajo; ni moreno, ni rubio; ni elegante, ni descuidado en el vestir; ni hablador, ni callado; en fin, en nada parecía distinguirse ni ser distinguido. Unicamente comparándolo con los otros invitados pudo el profesor sacar una consecuencia, que no dejó de sorprenderle algún tanto. La mandíbula y la barba indicaban cierta fuerza y decisión que, sin llegar á ser terquedad, decían claro que á su dueño no era fácil que le hicieran variar de propósitos; había en su mirada cierta tranquila fijeza que denotaba que no le gustaba apresurarse.

«El carácter más difícil de gobernar que puede haber en el mundo—dijo entre sí con pesar el profesor.—He de hacer cuanto pueda para ganarme su confianza; pero preveo que me será necesario para ello ganar antes la de su distinguida hermana.»

Muy pronto se encontró Mauricio Teffany en conversación con el ilustre convidado, con el gran literato griego, que había hecho famosa en todo el mundo la universidad alemana donde enseñaba.

El silencio que éste había guardado al principio, junto con sus curiosas miradas, le habían hecho aparecer temible á los ojos del primero; pero comenzó á hablarle con tanta amabilidad, que el joven concluyó por hacerle algunas confidencias respecto al poema que había obtenido el premio. Parecióle á su interlocutor que tomaba la cosa á broma.

—El que yo haya obtenido la medalla, dijo, no deja de ser una verdadera estafa. Debieron dársela á mi hermana, ó tal vez á usted mismo. Ella tenía gran empeño en que yo tomara parte en la contienda, porque hay en casa unos cuantos libros viejos, que tratan de Czarigrad, los que nos servían de mucho entretenimiento, cuando niños; pero á mí no se me habría pasado por la imaginación tal cosa. Además, el invierno último me torcí un talón á principio de las vacaciones, cuando sólo faltaba mes y medio para que venciera el plazo de admisión de los poemas; me veía imposibilitado de salir á la calle y ella no me dejó un momento en paz. Tenía su obra de usted y me traducía y leía los pasajes más interesantes; pues bien, sin saber cómo, se fué apoderando de mí la idea y ya me parecía que dominaba el asunto enteramente. Por lo tanto, lo escribí; ella me lo corrigió y puso en limpio, y vea usted, ha ganado la medalla. El rector dice que es una obra desaliñada y ruda, en fin, todo lo contrario de lo que un poema debe ser, pero que hay en él como una *segunda vista;* no sé qué querrá decir con eso.

—¿Y usted está conforme con su opinión?

—¡Ah! Paréceme que sí. De todos modos, lo cierto es que él debe saber por qué lo dice. Mire usted, á mí se me figura que no he sido yo quien lo ha escrito. Veía las cosas en mi imaginación como si yo hubiera estado allí y presenciado cuanto sucedió. Mi hermana y yo siempre lo llamamos «La más linda historia del mundo,» aludiendo á la obra de ese título de Kipling, pero tal vez no conozca usted á Kipling.

—Creo que no, si es que usted se refiere á cierto novelista inglés que ha tratado el tema de las reencarnaciones. Pero voy á hacerle á usted una pregunta indiscreta sobre un punto de psicología. ¿Será posible que el poema haya sido compuesto por su hermana, pero que lo transfirió con tal fuerza á la imaginación de usted, que usted lo aceptó y lo ha escrito como si fuera obra suya?

Reflexionó el joven Teffany un momento seriamente y luego se echó á reir.

—Me parece que no, dijo. Zoe es una muchacha muy lista y escribe bastante bien, pero ni ella ni yo habíamos antes compuesto ninguna poesía. Mi hermana se quedó tan sorprendida como yo de lo perfectamente que salió la cosa. En cuanto á que traspasara y grabara en mi pensamiento un poema suyo sin que yo me diera cuenta, estoy convencido de que eso no podría hacerlo ella, á pesar del gran concepto en que la tengo; pero esto, naturalmente, no se lo digo.

—Mi querido amigo, ya posee usted uno de los principales secretos para manejar al sexo bello, dijo sentenciosamente el profesor. Pero ¿me permitirá usted que le indique una variación á su teoría de la reencarnación? Ahora estoy ocupado en continuar mi gran obra con la descripción de cómo se dispersaron los griegos que sobrevivieron á la toma de Czarigrad. Se me ocurre que tal vez su familia descienda de alguno de ellos.

El profesor fijó atentamente la mirada en el rostro de su interlocutor como para tratar de descubrir si aquella idea era nueva para él, pero el joven lo que únicamente hizo fué reirse.

—¿Un caso de memoria transmitida por herencia? Me temo que no. Nosotros nada absolutamente tenemos de griegos.

—Cuatro siglos de casamientos con ingleses son bastantes para borrar los signos distintivos de las razas, contestó secamente el profesor. De todos modos, su nombre de pila es griego.

—Todos los nuestros lo son. Es una especie de tradición de familia. Mi padre se llamaba Teodoro y el suyo y su abuelo eran los dos Constantino. Por muy atrás que nos remontemos, los nombres de los varones son siempre Basilio, Gregorio y otros por el estilo, y los de las hembras Dorotea, Catalina y otros semejantes.

—Es muy curioso, dijo el profesor tratando de ocultar el interés con que lo oía. ¿Está usted seguro de que no exista ninguna tradición que les haga descender de Grecia?

—Que yo sepa, no la hay. Pero lo mejor sería que se lo preguntara usted á mi hermana. Está acatarrada y con un poco de bronquitis; si no, hubiera hoy venido aquí; me dijo que iba á olvidarse de sus males registrando los papeles de familia. Algunos tenemos en casa; otros en la de nuestro abogado. Pero, en verdad, me temo que no contendrán nada de particular. No hace más que sesenta ó setenta años que vivimos donde ahora, ya ve usted que es cosa muy reciente.

—Entonces, ¿dónde vivía su familia antes?, dijo el profesor inclinándose hacia adelante con sumo interés.

—¡Ah! No sé dónde, allá por las soledades del país de Cornualles. Mi abuelo recordaba el antiguo solar, y mi hermana y yo solemos hablar de ir en peregrinación hasta allá para buscar la casa, cuna de nuestra raza; pero creo que hoy está convertida en una granja.

—¡La cuna de su raza!, exclamó el profesor con inconmensurable desdén.

Su interlocutor le miró asombrado; el profesor cambió de tono y siguió diciendo:

—Mi querido Mr. Teffany, desearía ver esos papeles, como también cualquier otro recuerdo de familia que usted posea. Lo que esa identificación, si se llegara á verificar, representa para mí y para usted, apenas me atrevo á pensarlo. Yo he seguido las huellas de la familia que ando buscando hasta Peuteffan, en la costa de Cornualles; allí he perdido el rastro. Lo que usted acaba de decirme me infunde nuevos ánimos. ¿Me negará usted su ayuda?

—Me alegraré, naturalmente, de hacer en obsequio de usted cuanto pueda, respondió Mauricio con perfecta tranquilidad. Peuteffan es el nombre, sin duda alguna, de la posesión de mi bisabuelo. Tenemos una venta de la casa con un rótulo que dice: «Propiedad de Constantino Teffany, escudero.» ¿Quiere usted venir conmigo, la semana entrante, á registrar los papeles junto con mi hermana, si es que no tiene usted miedo de que le contagie el catarro?

—No, no tengo miedo alguno; ya le he pagado tributo al diablo, dijo apresuradamente el profesor.

Su oyente interpretó aquella afirmación, algún tanto alarmante, en el sentido de que personificaba al diablo en el catarro, y siguieron hablando sobre el cómo y el cuándo de efectuar el examen. Convínose, por último, en que Mauricio marcharía á su casa la semana siguiente, como ya tenía pensado, recogería los papeles que estaban en poder de su abogado, y en que el profesor, que debía recibir un doctorado honorario en la Universidad, le seguiría tan pronto como le fuera posible; entonces reunidos registrarían todos los documentos.

. . . . . .

—Mauricio, ¡qué terrible desengaño!, dijo Zoe Teffany levantándose de un salto para salir al encuentro de su hermano, al asomar éste la cabeza por la puerta de la biblioteca, donde ella estaba trabajando. Creo que nuestro apellido verdadero es Smith.

—¡Magnífico! ¿En qué te fundas?

—Mira, estaba rebuscando las tablas más altas de los estantes y encontré una porción de libros viejos para niños de escuela, y todos tenían escrito en la parte de adentro de la cubierta: «C. Smith ó Constantino Smith.» Después me acordé de aquellas cartas antiguas de mi bisabuela, que tratan, como sabes, de la compra de esta posesión, y cuando las miré, vi que todas ellas estaban dirigidas á Mr. Smith. La dirección estaba escrita en el centro de uno de los lados del papel; en aquella época no había sobres, y por eso antes no había reparado en ella.

—¡Qué terrible chasco se va á llevar el profesor Panagiotis!, dijo Mauricio sonriéndose. ¿Quieres que le pongamos un telegrama para sacar á ese buen señor de su cruel incertidumbre?

—¡Ah, no, no! Tal vez no sea verdad, ojalá no lo sea. He estado registrando todo cuanto se me ha venido á las mientes para averiguar y quedar segura, ya de una cosa, ya de otra, y sólo encuentro el nombre de Smith en la época en que el abuelo era un muchacho. Sus padres, antes de que naciera, llevaban el nombre de Teffany, y nosotros sabemos que también se llamaba Teffany cuando lo conocimos. ¿Qué significará todo eso?

—Bueno, puesto que era un muchacho que iba á la escuela cuando se hacía llamar Smith, es difícil que eso signifique que hubiera hecho algo que le obligara á andar oculto. De todos modos, esto que digo debe servirte de consuelo. Pero cuando mañana vaya á caballo á buscar los papeles, le hablaré de ello al viejo Lake. Si hay alguien en el mundo que sepa algo de eso, es él.

—Sí, hazlo, entérate bien y regresa pronto. Estaré muerta de impaciencia hasta que vuelvas. Me parece que, de cualquier modo que sea, siempre habrá en el fondo algo de novelesco. El apellido Smith es de lo más vulgar que se conoce. ¿No podrías ir hoy mismo?

—Con dificultad, pues la cita que tengo con Lake es para mañana.

—¡Ah! Qué prosaico eres hablándome de citas, cuando lo que debieras hacer es ensillar tu caballo

más ligero y arrearlo á todo escape por montes y valles para ir á averiguar la verdad.

—¡Ah! Ya tú sabes que no soy un novelista en embrión.

—No, lo que eres es un poeta trágico enteramente desarrollado, dijo Zoe alzando la voz, mientras Mauricio efectuaba una retirada precipitada.

Las diversas inclinaciones literarias de los dos eran continuo motivo para zaherirse mutuamente, pues mientras Zoe se envanecía de sus abortadas tentativas para publicar novelas, fundándose en que eran demasiado buenas para que cualquier editor las aceptara, Mauricio, más que otra cosa, estaba corrido de su feliz éxito. El romanticismo era el fuerte de Zoe, pero no el suyo; la única impresión que le produjo el importante descubrimiento de su hermano, fué debida á la idea del probable desencanto que le estaba reservado al profesor Panagiotis, á quien miraba con cierto recelo á causa de sus misteriosas frases y de sus semiconfidencias. No había, pues, en su voz emoción alguna cuando la tarde siguiente entró en la biblioteca diciendo:

—Pues bien: nuestro apellido verdadero es Teffany. He estado hablando con el viejo Lake y puedes estar tranquila. Hubo una razón para adoptar el de Smith, que de seguro creo que calificarás de novelesca; á mí me parece una chifladura.

—¡Ah! Cuéntamelo, exclamó Zoe. ¿Sería por razón de alguna riña con otra familia rival?

—Nadie lo sabe. Lake sólo ha podido decirme lo que su padre le contó y lo que él ha sacado en consecuencia. Aquél acababa de abrir bufete, cuando nuestra bisabuela, con un hijo pequeño, vino á estos parajes hace unos setenta años. Traía recomendaciones de opulentos banqueros y comenzó los tratos para la compra de esta finca. Le contó que ella era el único tutor de su hijo y que se había visto obligada á dejar la comarca donde vivía por los grandes peligros que amenazaban la vida del niño. Que para mayor seguridad adoptaría, por entonces, el nombre de Smith. Era todavía entonces una mujer hermosa, y la familia Lake supuso que debía danzar en el asunto algún pretendiente desahuciado y vengativo. Compró esta posesión y aquí vivió sin que nadie la molestara; cuando su hijo cumplió los veintiún años, volvió á tomar el apellido Teffany, y entonces fué cuando el abogado lo oyó por vez primera. Al mismo tiempo vendió su hacienda de Peuteffan, que administraba una casa de comercio de Londres. Mi abuelo hubiera querido irse á vivir á ella; pero su madre se opuso tan resueltamente, que terminó por complacerla, teniendo también en cuenta que habían dejado que la casa, que ya era vieja, se arruinase ó poco menos. Nunca supieron los Lake nada que explicara el horror que por dicha finca sentía la señora, exceptuando el hecho de que, según decía la gente, dos extranjeros habían estado en ella preguntando por la dueña poco después de haberse ésta mudado. Esto es absolutamente todo cuanto se sabe.

—¡Ah, Mauricio, qué cosas tan interesantes!, exclamó Zoe respirando con fuerza. ¿Crees tú que en la casa hubiera aparecidos? Pero no, estoy segura de que esos extranjeros eran contrabandistas. Tal vez ella los habría delatado á los carabineros y tratarían, para vengarse, de secuestrar á su hijo. Quizás haya algo referente á eso en los documentos que has traído. ¿Quieres que los examinemos ahora mismo?

—No, no digas tonterías. Dejémoslos hasta que venga el profesor. Vámonos á ver cómo arreglan el terreno donde hemos de poner el nuevo juego de croquet.

El profesor llegó al día siguiente, dirigiendo á todas partes penetrantes miradas llenas de curiosidad. La sobria majestad del edificio, los viejos criados, lo completo de todos los pormenores, así dentro como fuera de la casa, donde nada ofendía á la vista; el trato fácil de los jóvenes dueños, todo eso lo anotó, por decirlo así, en la memoria, poniendo á cada cosa su etiqueta para poder utilizarlas en momento oportuno. También se percató de la impaciencia, que no trataba de disimular, con que Zoe aguardaba la hora en que habían de registrarse los papeles de familia y la tolerante resignación con que Mauricio la esperaba por su parte. Otra vez vió confirmada su idea de que hallaría fuerza impulsora en la hermana y resistencia en el varón.

—Me parece que esto será lo más interesante para usted, dijo Mauricio cuando después de haber comido y retirádose á la biblioteca, desenvolvía un largo rollo de pergamino. Aquí está el árbol genealógico de nuestra familia, trazado con toda escrupulosidad.

El profesor Panagiotis examinó con mirada ansiosa el documento.

—Tiene usted razón, dijo, esto no tiene precio. Su familia de usted, Mr. Teffany, ha ido extinguiéndose de un modo extraño. No puedo decirle cuántas han sido las ramas colaterales cuyos pasos he ido siguiendo hasta encontrar siempre que se han extinguido; mientras tanto, la línea directa existía sin saberlo yo.

—Sí, mi hermana y yo somos los únicos representantes de ese apellido, por lo menos según reza esta genealogía.

—Exactamente..., según reza esta genealogía, asintió el profesor cotejando el documento con los apuntes que traía en una cartera.

—¡Ah! Mauricio, mira, exclamó Zoe. ¡Qué cosa tan curiosa! ¿No ves que la parte superior del pergamino está doblada y sellada? Debe haber ahí algún encargo secreto ó cosa por el estilo.

—Lake me dijo que nuestro abuelo lo selló en su presencia, contestó Mauricio. Pero debieron sellarlo muchas veces antes, á juzgar por todos esos otros sellos antiguos.

—¡Ah, hermano! Yo creo que eso nos va á aclarar el misterio, dijo Zoe dando un suspiro.

El profesor alzó la vista con viveza.

—Mi hermana, hace dos días, me dió un gran susto, dijo Mauricio. Parece ser que mi abuelo y su madre llevaron el apellido de Smith durante quince años, después de haberse mudado aquí desde Peuteffan.

—¿De veras?, preguntó el profesor con creciente interés. Eso me proporciona el eslabón que me faltaba, me explica lo único que todavía me tenía perplejo, es decir, la repentina y absoluta desaparición de los Teffany de Peuteffan desde hace setenta y dos años. No he podido hallar la partida de defunción de la viuda del último propietario de dicha finca, ni la de su hijo, entonces niño, ni tampoco he dado con el rastro de ninguno de los dos.

—¿Entonces usted sabe quiénes eran los extranjeros que vinieron á hacer indagaciones?, preguntó Zoe con vehemencia.

—¿De modo que usted podrá explicarnos por qué se hacían llamar Smith?, dijo simultáneamente Mauricio.

—Ahora lo puedo explicar. Los extranjeros eran delegados de la Asamblea Nacional griega que buscaban un jefe, cuyo solo nombre bastaría para reunir en torno suyo á las facciones rivales que manchaban la causa de la libertad, combatiendo cada cual por sus particulares intereses exclusivamente. La señora viuda de Teffany, hija de un inglés que murió defendiendo la causa de Grecia, tenía en ella demasiada poca fe para entregarle su hijo y lo hizo desaparecer por completo á la vista de todos.

—¿Pero para qué querían un niño de cinco años, que no iba á poder combatir?, exclamó Zoe. Eso estaría bueno si se tratara de un rey.

—Sin duda alguna lo hubieran proclamado rey. Lo que importaba no era tanto su persona como su nombre.

—¿Pero por qué su nombre? ¿Hay algo que nosotros no sepamos? ¿Hay algo allí, bajo esos sellos?

—Probablemente, dijo el profesor mirando de soslayo á Mauricio. Mr. Teffany, ¿quiere usted que diga lo que iba á decir?

—Sí, sí, exclamó Zoe, mientras Mauricio asentía con la cabeza. Díganoslo usted pronto.

La joven cogió el pergamino, pero el profesor se lo quitó de las manos.

—Su hermano de usted es quien debe hacerlo, dijo. Él es el jefe de la casa. Fíjense ustedes en que esa genealogía se remonta hasta Alejo Teffany, que en el siglo XVI se afincó en Cornualles. Ahora, si usted quiere, rompa los sellos. Tengan en cuenta que Alejo era hijo de Juan, hijo de Manuel, que lo era de Basilio...

—El cual lo era de Juan Teofanis, emperador romano, que murió gloriosamente sobre los muros de Czarigrad, exclamó con toda su alma Zoe. ¡Oh! Mauricio, ¿no es verdad que todo esto es magnífico?

—No es eso todo, dijo el profesor Panagiotis. Usted, Mauricio Teffany, es en la actualidad el legítimo emperador de Oriente.

II

DE ESTIRPE DE EMPERADORES

—¡Ah, Mauricio!, exclamó Zoe casi sin voz á causa de la emoción que las últimas palabras del profesor le habían producido.

—Bueno, contestó Mauricio afectando mayor indiferencia de la que en realidad sentía, no me suena mal al oído; pero hay en el mundo muchos que, de derecho, son esto y lo de más allá, sin que nadie lo tenga en cuenta en la realidad política. Además, casi estoy seguro de que ha de haber algún pero.

—¡Pero!, exclamó el profesor. No es posible que los haya. Aquí está el árbol de su ascendencia tal como lo ha conservado su familia, y que concuerda exactamente con los datos que he tomado de las antiguas crónicas locales y de los archivos y monumentos de Peuteffan. Todos los miembros de la familia de padres á hijos están enterrados allí, excepto uno.

—Ahí es, supongo, donde el hilo se rompe, dijo Mauricio.

—De ningún modo, caballero. El que falta, Nicolás, está sepultado en la Abadía de Westmínster. Sin duda debió morir estando de paso en Londres.

—¡En la Abadía de Westminster!, murmuró Zoe. ¡Tenemos un pariente enterrado en ella y no lo sabíamos!

—Esto le ha de interesar á usted, dijo el profesor entregándole un papel.

Era la copia de una partida de matrimonio sentada en un libro parroquial del siglo XVII.

Leyó ella en voz alta el nombre de la desposada: «*Eugenia Teofanes, de stirpe imperatorum.*»

—¡Ah! Era...

—Era lo mismo que es usted, dijo el profesor inclinándose.

—*¡Zoe Teofanes, de stirpe imperatorum!*, repitió la joven en voz baja.

—No te extravíes, Zoe, dijo Mauricio con viveza. ¿Qué nos quita ni nos da el que lo sepamos? Está claro que nuestro abuelo debió saberlo; y sin embargo, á él ¿de qué le valió?

—Sí, él lo sabía, dijo el profesor Panagiotis alzando la vista del árbol genealógico que estaba sobre la mesa y fijándola en la decoración del salón, en la que se veía con profusión repetida, aunque no de modo que chocara, la cimera del escudo familiar: un águila de oro apoyando cada una de sus garras en una puerta distinta.

Zoe había ayudado á su abuelo á dibujar los adornos del friso y las molduras de la monumental chimenea, muy lejos de figurarse lo que aquello representaba á los ojos del anciano, ni que las dos puertas referidas simbolizaran las de Roma y Czarigrad.

—Aquí pasó su vida tranquilamente, cumpliendo sus deberes para con sus arrendatarios, recalcó Mauricio como si tratara de combatir algo de lo que antes se había dicho.

—Es verdad, respondió el profesor; pero cuando llegó á la edad viril y supo por primera vez su elevada alcurnia, ya hacía tiempo que se había erigido el actual reino de Grecia para un príncipe alemán.

—Supongo que no irá usted á proponernos que arrojemos de su trono al rey Guillermo de Morea, respondió Mauricio con risa forzada.

—No, dijo con énfasis el profesor. El reino de Morea, por más que desgraciadamente no haya correspondido á las esperanzas que hizo nacer, ha de dejarse á un lado hasta el día en que tome su puesto entre los Estados federados del resucitado imperio. Es en la parte no redimida de Grecia donde ha de fijar usted su atención, en esa única región de Europa que gime todavía bajo el yugo de los turcos.

—Ya veo que es usted un agitador emaciano, dijo con frialdad Mauricio.

—Lo soy y no lo soy, replicó el profesor. Soy un griego emaciano que alimenta grandes esperanzas de que su país ha de ser libre, pero nada tengo que ver con esas partidas de forajidos que, pagadas y dirigidas por comités egoístas, en Tracia y Dardania han desacreditado el nombre de Emacia ante toda Europa por sus matanzas al por mayor. Los detesto con toda mi alma. Ni los rumis son tan de temer como ellos.

—Quién es tu enemigo, el de tu oficio, dijo entre dientes Mauricio.

Luego añadió en alta voz:

—Lo mejor que podría usted hacer, sin duda alguna, sería reunir en un solo haz á todos los que persiguen el mismo objetivo. En ese caso podría usted moderar el afán que por asesinar sienten los hijos de los Balkanes, y ellos, á su vez, le aportarían lo que es más de desear: gente y dinero.

El profesor Panagiotis se rió con amargura.

—Sus palabras me prueban que usted comparte la ignorancia, común en los ingleses, de lo que realmente sucede en Emacia, dijo. Para los cismáticos tracios y dardanios, un cristiano ortodoxo es tan odioso como un rumi y lo tratan como tal.

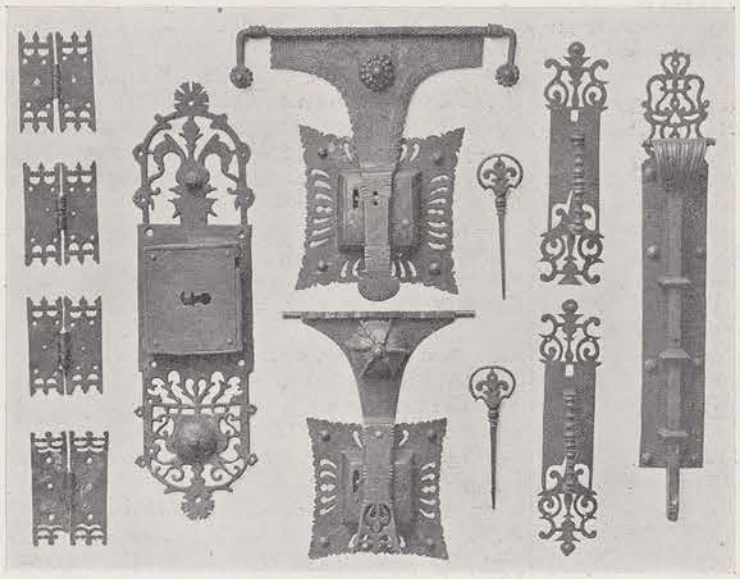
—Hermosa perspectiva nos descubre usted, dijo Mauricio.

El profesor, casi fuera de sí, se acercó á él diciendo:

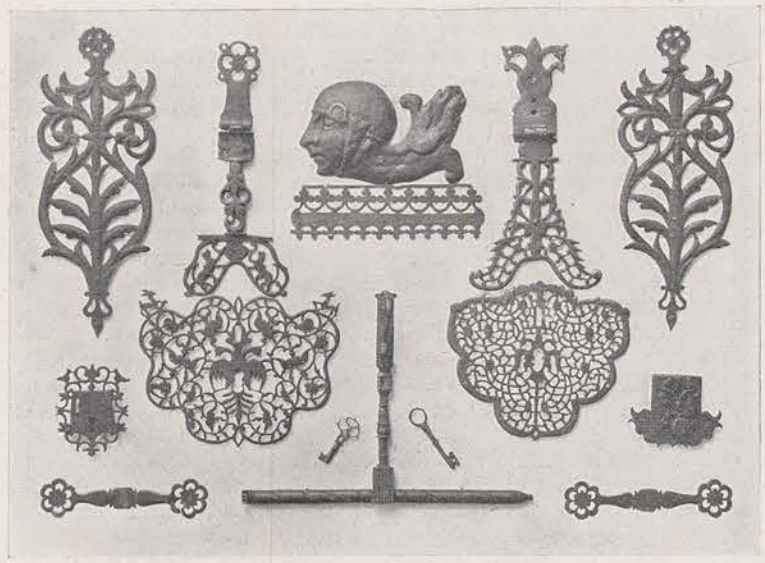
—Ríase usted, búrlese, haga chacota y todo lo que usted quiera, á fin de no dejar que penetre en su ánimo la convicción de que tiene usted el deber de abrazar la causa de su país y de sus súbditos. La diferencia que existe entre la posición de su abuelo y la suya es esta: que la crisis, que no ocurrió en aquella época, ahora se ha presentado y tiene usted que conjurarla.

(Se continuará.)

Hierros artísticos españoles de la Edad Media y del Renacimiento

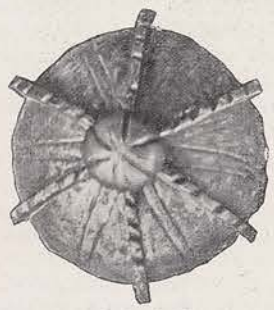


1. – Bisagras, cerraduras y cerrojos de los siglos XV al XVIII



5. – Llaves, cerrajas, bisagras, etc., de los siglos XVI y XVII

Un aficionado de gusto refinado y que tuvo excepcionales oportunidades para adquirir un tesoro artístico fué D. Nicolás Duque, de Segovia, ya fallecido. Su inmensa colección de hierros españoles, que abarca del siglo XIV al XVII, ha estado depositada durante estos últimos veinticinco años en el Museo Arqueológico de Madrid. La muerte del propietario trajo consigo su devolución, á fin de que los albaceas pudieran enajenarla con mayor facilidad. Como no se presentase en España quien la comprara, los directores de la Galería de Arte español, de Londres, que desde su inauguración se han ocupado con afán de los hierros españoles, han traído á este país la colección completa, que en la actualidad tienen expuesta al público en su local de la calle Conduit.

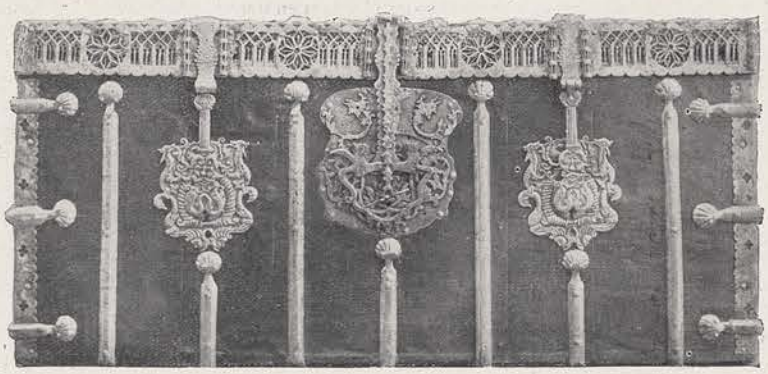


2. – Cabeza de clavo del siglo XV-XVI

á reunirse una colección comparable á la del Sr. Duque. Ni aun cuando tal cosa llegara á suceder podría traspasar las fronteras de aquella nación, porque fué tal la indignación que su salida produjo, que se han dictado medidas legislativas para impedir que en lo futuro sufra el país pérdidas tan lamentables. Pero puesto que esa colección ha arribado á nuestras plazas, es muy de desear que la adquiera el Museo Victoria y Alberto ó los Museos Industriales de Edimburgo, Dublin ó de cualquier otro de nuestros grandes centros provinciales, donde se guarde perpetuamente, sirviendo de enseñanza objetiva de inapreciable valor. Porque no será mucho decir si afirmamos que todos sus diferentes componentes merecen el más detenido estudio, no precisamente para su reproducción material, sino á causa de la provechosa sugestión de *motivos* y de los primorosos métodos de ejecución que presenta cada uno de los objetos que la integran.

Así, pues, los adornos de las cabezas de clavo son tan característicos como interesante es su evolución. Es una ornamentación completamente distinta de la usada, por lo general, en el Noroeste de Europa; porque al

6. – Arca del siglo XVII

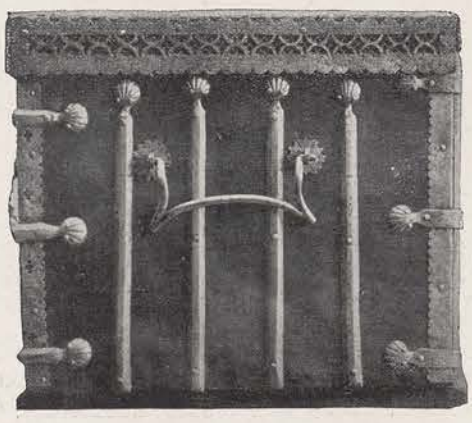


3. – Arca reforzada con hierros de la primera mitad del siglo XVI (vista de frente)

paso que en el arte gótico de Inglaterra, Alemania, el Norte de Francia y los Países Bajos, las bisagras, con grandes chapas prolongándose por la superficie de la madera, constituyen el tipo común, en España la usanza favorita, derivada, sin duda alguna, de orígenes moriscos, era sembrar toda la puerta de tachones de hierro. En las cabezas de esos clavos, que variaban en diámetro desde tres á seis pulgadas, se prodigaba la más exquisita labor decorativa. Eso era lo que constituía el casi único adorno de las puertas, aunque algunas veces se añadían unas orlas modeladas ó chapas en los ángulos; á las bisagras se daba, en comparación, poca importancia.

Tantas obras de arte han desaparecido ya de España ó se han dispersado, que es muy poco probable que pueda volver

4. – Aldabón del siglo XV



7. – Arca reforzada con hierros de la primera mitad del siglo XVI (vista de costado)

El tipo más antigno de adornos para esas cabezas parece haber consistido en un hemisferio, por cuyo centro pasaba el clavo, de modo que, introducido en la madera, sujetaba la parte convexa. Esos hemisferios eran á su vez embellecidos, bien con depresiones, de modo que su superficie presentara un relieve parecido á un enrejado, ó sobreponiéndole cuatro ó seis tirillas que irradiaban del centro. A veces el clavo único primitivo se multiplicaba, formando un grupo de cinco ó, con menos frecuencia, de siete; sus cabezas redondas se colocaban simétricamente alrededor de la del central, dando así más relieve á la chapa. Posteriormente la chapa se prolongaba formando un adorno en las cuatro esquinas, y así vino á ser de traza cuadrada en vez de redonda. Durante cierto tiempo la chapa conservó su tachón central, que se fué gradualmente rebajando ó se hacía que así pareciera, hasta tener muy poco relieve, repujando la parte de lámina circundante formando protuberancias.

La chapa enteramente terminada consistía, pues, en una pátera cuadrada de hierro, repujada, taladrada y modelada y á veces también cincelada y engastada. Por regla general, sólo tenía una chapa el adorno de cada clavo, pero á veces se sobreponía otra de metal taladrada á fin de aumentar el efecto de la primera, ó bien se forjaban venas y nervios sólidos en

8. – Aldabón de principios del siglo XVII

alto relieve, ó se cincelaban primorosamente para adjuntarlos y darles todavía mayor precio.

En la mayoría de los casos, únicamente afectaban formas

abstractas, y á pesar de esa limitación, presentan una maravillosa variedad y novedad en el trazado, aunque siempre ateniéndose á aquellos métodos racionales de procedimiento metalúrgico educidos de la naturaleza del metal y compatibles con las primitivas herramientas de que disponía el artífice.

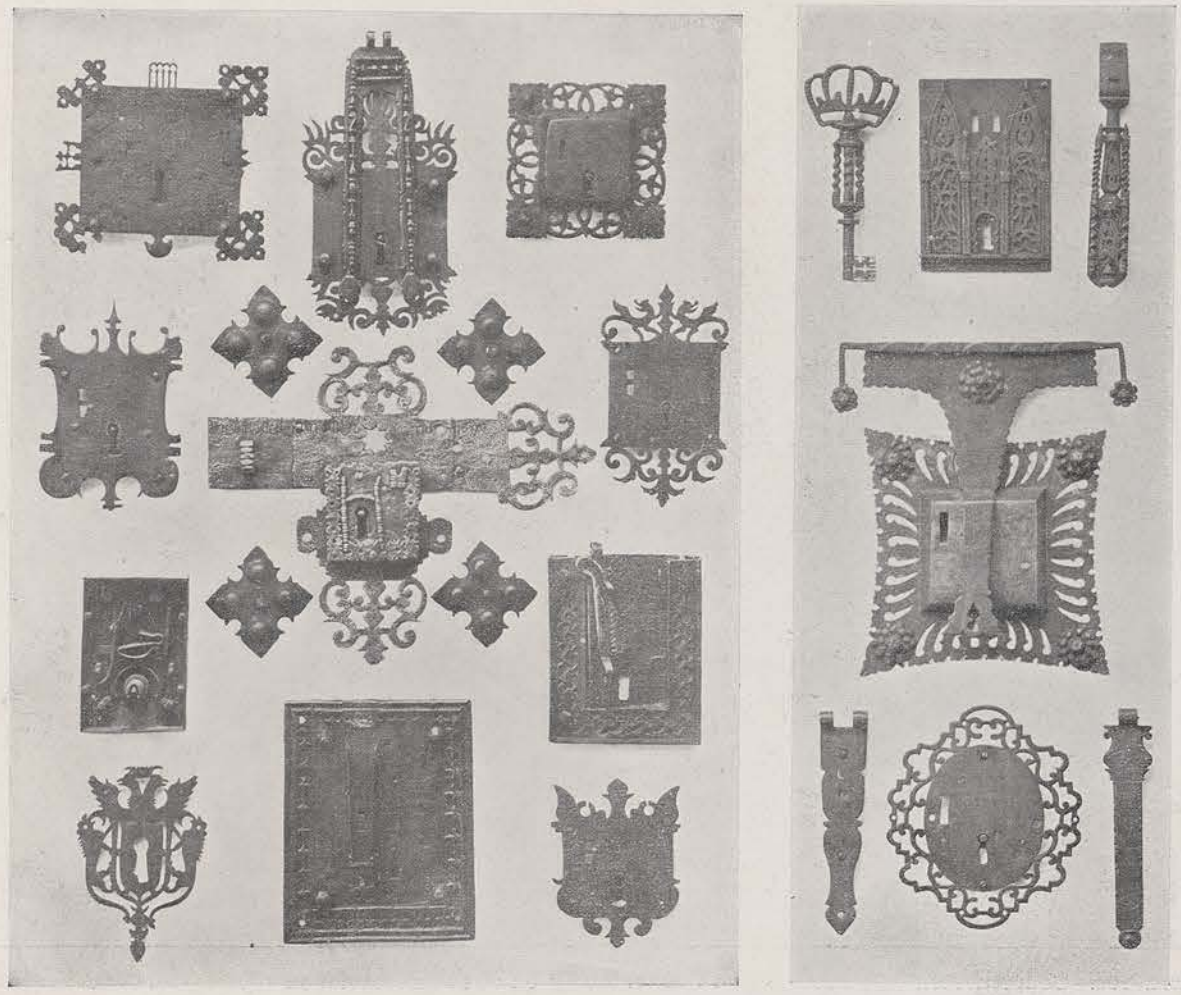
La persistencia de determinados tipos se ve además en otros objetos; en aldabones, por ejemplo, hay gran número en forma de una argolla, que á veces se transforma en un estribo. Otras son variantes de una presilla alargada, terminando, por la parte inferior, en un par de circunferencias casi completas. Damos el grabado de uno (figura 8) que representa el emblema, tan común en España, de una concha, distintivo de los peregrinos que iban al santuario de Santiago de Compostela. Otra clase de aldabones, que comprende algunos ejemplares en extremo preciosos y fantásticos, se propone representar animales, verdaderos ó fabulosos, tales como leones, perros, delfines y dragones. La fertilidad de la imaginación de los naturales, que inventaba sin trabajo, aunque concretándose siempre á los expresados tres tipos principales, era en realidad inagotable y sólo se extinguió cuando sobrevino la invasión de las modas italianas en el siglo XVI.

Y no porque antes no hubiera influencias extranjeras, más ó menos beneficiosas, que se dejaran sentir en los hierros españoles, puesto que algunas de las más hermosas obras del último período gótico fueron, sin duda, inspiradas en *motivos* flamencos y alemanes. Cuando en el siglo XVI un príncipe español llegó á ser emperador de Alemania bajo el título de Carlos V, el águila imperial, coronada y de dos cabezas, se introdujo profusamente en la ornamentación española al lado de otros emblemas ya de antiguo muy usados, como el león de León y los castillos de Castilla. La flor de lis es un emblema de por sí tan delicado, que no hay que buscar otra razón para explicar su presencia en los trabajos españoles, y en todo caso sería difícil decidir si se propusieron representar con ellas las armas de Francia ó las de Florencia.

En la arquilla reforzada de hierro (fig. 3), todas las varillas de metal terminan en una concha. La franja que corre á lo largo de la tapa es una tira taladrada que, á pesar de ser de un gótico de la última época, con dificultad pudo haberse hecho con intervalo de un siglo antes que las dos cerraduras laterales. No puede exigirse que haya completa unidad de estilo en épocas de transición, y es cosa sabida que los antiguos modelos continúan imitándose muchos años después de la introducción de modos nuevos. Sin embargo, puesto que el cuerpo de la arquilla corresponde muy bien al período en que se hizo, razonable es suponer que los escudos, de estilo muy marcado del Renacimiento, fueron añadidos posteriormente.

El arca figura 6 es de un estilo muy sencillo, exceptuando el adorno, que, como en el caso anterior, no forma parte evidentemente de la obra primitiva. En éste, la adición ha consistido en la parte superior, mutilada, de un escudo de la muy conocida forma italiana que toma su nombre de la testera de la armadura del caballo.

La parte inferior del escudo falta, y seis sotueres, que antes debieron lucir en ella, fueron chapuceramente sobrepuestos en los lugares en que pudieron encajarlos en el campo de aquél.



9. – Cabezas de claves, llaves, cerrajas y cerraduras de los siglos XV al XVII

Entre los objetos más pequeños que hemos reproducido en las figuras 1 y 5, hay un fragmento, una cabeza humana, cuyo cuello termina en un ondulante ramaje del Renacimiento. Sin duda debió primitivamente formar parte de la ornamentación de la parte superior de una verja ó puerta de hierro. La rapidez y precisión del trabajo manual que implica el dar forma con el martillo y sobre el yunque á la superficie exterior redonda de una plancha de hierro candente para representar un ser animado, son verdaderamente asombrosas. Sin embargo, esa especie de *tour de force* indica infaliblemente una época de decadencia. En otras, en que el gusto se conservara puro y sin contaminarse, no se hubiera podido hacer tal cosa. Cuando se hace es porque el artífice ha decaído y se ha vuelto demasiado hábil y ambicioso en su oficio. Ha perdido la fe en los procedimientos tradicionales de la herrería, y ya se impacienta viendo lo incapaces que son de expresar sus nuevas é hinchadas concepciones. No habiendo aprendido á ser ni escultor ni pintor, extrema su obra y la lleva más allá de sus límites naturales, tratando en vano de representar imágenes pictóricas con un metal más dúctil, como el oro ó la plata; tales representaciones modeladas pudieran ser legítimas y de un efecto satisfactorio; pero con el hierro no puede ser, pues no se avienen con la substancia dura y tersa de este metal, y por lo tanto, nunca deben intentarse.

Felizmente, en la colección de que tratamos son muy pocos y excepcionales los casos en que tal cosa sucede. La inmensa mayoría de los objetos que la componen, no sólo son artísticos en su concepción, sino trabajados magistralmente, prácticos y apropiados al fin á que se les destinaba.

Decir esto es lo más que hay necesidad de decir, ni realmente podría hacerse de ellos mayor elogio.

(De «The Studio,» de Londres.) AYMER VALLANCE.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO – ASMA – OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

En todas las Farmacias del Globo.
INSTRUCCIONES SOBRE EL EMPLEO DEL JARABE DELABARRE Y SOBRE LOS Sufrimientos de los Niños
FUMOUZE – PARIS
Primera Dentición
JARABE DELABARRE
Facilita la salida de los dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición.
Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cia, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Glíptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. – Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSER
destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Marruecos.—Construcción de carreteras en Casablanca y en sus inmediaciones. (De fotografía de M. Branger.)

Los franceses no limitan á las operaciones militares su acción en Marruecos, sino que, mientras sus columnas avanzan á fin de pacificar mayor extensión de territorio, van construyendo en las comarcas pacificadas y, por decirlo así, sometidas de las inmediaciones de Casablanca, carreteras y otras obras que, al paso que facilitarán los movimientos de sus tropas en este período de lucha, serán factores importantes de su influencia una vez terminada ésta. La penetración armada habrá sido, pues, la preparación necesaria de la penetración pacífica; y si ésta se traduce en mejoras materiales para aquel imperio hasta el presente tan atrasado, no es aventurado afirmar que, andando el tiempo, los mismos marroquíes que hoy combaten con las armas en la mano á Francia, acabarán por reconocer que la civilización europea tiene sus ventajas y se aprovecharán gustosos de los progresos que ahora hay que imponerles por la fuerza.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS Drs JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Data de 1849 — PUREZA DEL CUTIS — Paris
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
Casa CANDÈS — Bd St-Denis, 16

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE
Escrófulas, etc.
PILULES de BLANCARD
EXIGER LA SIGNATURE
APROBADAS por la Academia de MEDICINA
al IODURO de HIERRO
INALTERABLE
DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES
DEPÓSITO. BLANCARD & Cie, 40, R. Bonaparte, Paris.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón